

Lawrence y Miller: hacia una redefinición de la sexualidad*

La pornografía es el gran fenómeno moral de nuestros tiempos. Producto perfecto de la sociedad represiva, define todas las manifestaciones culturales, pasa por su famiz todas las obras humanas para calificarlas ya no como "buenas" o "malas", de "buen gusto" o no, sino como "obscenas" o "puras", como "peligrosas" o "inocentes"; sustituto abstracto del *index* eclesiástico, el término "pornográfico" califica y degrada tanto al censurado como al censor.

Pornografía y obscenidad son valores hermanos que inhiben con su simple uso cualquier referencia sexual, confinándola a las tinieblas de lo prohibido, lo clandestino y penoso. Pero la pornografía no es un producto de la sexualidad, sino una adherencia impuesta por un código moral puritano y tanático para someter la actividad sexual, siempre tan orientada hacia el gozo, a un rígido sistema de conducta. Obscenidad e hipocresía son dos caras de la misma falsa moneda, como apunta Aldo Pellegrini en su introducción (*Lo erótico como sagrado*) al libro *Pornografía y obscenidad*—D. H. Lawrence y Henry Miller, "La hipocresía mutila la expresión para rehuir toda referencia directa a la vida sexual" (p. 14).

Ya varios revisores de Freud han confirmado el carácter represivo de la sociedad moderna, pero muy difícilmente se refieren a la represión sexual moral (no directamente física) del fenómeno pornográfico. Apoyado en el bombardeo tanático, puritano, con que leyes civiles y religiosas abruma al individuo y a la masa, se provoca un sentimiento de culpa ante el natural desahogo sexual. Pellegrini apunta: "La violenta censura social que existe sobre la sexualidad llega a determinar en los más débiles un horror del propio cuerpo que los transforma en secos fantasmas sin vida... El cuerpo se convierte en fuente de todos los males, el alma es el asiento de la pureza" (p. 13). Una vez anatemizado el cuerpo, el bastión de la mente cede fácilmente y las ideas se le administran a conveniencia del estado.

Se le inventa al individuo un conflicto

entre satisfacción sexual o respeto al mito de la pureza, entre soledad del transgresor o asimilación del reprimido; pornografía y obscenidad, valores peyorativos y denigrantes y por lo tanto válidos sólo para censurar y someter, ensucian las relaciones sexuales normales, calumnian al erotismo y obligan a la perversión y al placer individual. Lawrence lo establece claramente (*Pornografía y obscenidad*, p. 54): "Cuando los hombres grises se lamentan de que un hombre joven y una mujer joven tengan relaciones sexuales, se están lamentando por el hecho de que ese hombre y esa mujer no se alejen uno del otro para masturbarse. El sexo debe tener salida de algún modo, especialmente en los jóvenes. Por lo tanto, en nuestra gloriosa civilización, tiene salida en la masturbación". El sexo despreciado es el único, humillante escape permitido por la moral; es el terreno de los chistes de "doble sentido", de la frustración ante la relación incompleta, del guiño de ojo, de la hipocresía que, al lanzar el estigma de la obscenidad, se muerde la cola, cierra su propio círculo.

La visión pecaminosa del sexo es un arma eficaz y destructora; Lawrence clama indignado: "(La pornografía) se puede reconocer por su constante ultraje al sexo y a la vez al espíritu del hombre... La pornografía representa el propósito de ultrajar lo sexual, de emporcarlo. Esto no merece perdón" (p. 49); prefigura una fenomenología del censor: "Las funciones sexuales y las excremencias se desenvuelven muy próximas en el cuerpo humano, aunque tengan, por así decirlo, una dirección, totalmente opuesta... En los seres humanos verdadera-

mente sanos la distinción entre ellas es inequívoca, ya que nuestros más profundos instintos son, quizás, los instintos que señalan la oposición entre estas dos funciones... Pero en el ser humano degenerado, los instintos profundos se han desvanecido, y por lo tanto las dos efusiones se vuelven idénticas... Entonces lo sexual se vuelve sucio y lo sucio es sexual, y cualquier provocación erótica se convierte en un juego con la suciedad..." (p. 51). Pero es Henry Miller (*La obscenidad y la ley de reflexión*, op. cit., p. 80) quien lo tipifica con mayor precisión, como "un hombre que, dominado por atracciones secretas hacia diversas tentaciones, se esfuerza por alejar dichas tentaciones de otras gentes; en verdad, se está defendiendo a sí mismo con la excusa de defender a los otros, porque íntimamente tiene temor de la propia debilidad".

La pornografía y el erotismo tienen una relación muy precaria; sólo tienen en común el objeto de sus intentos (el cuerpo humano); si el erotismo es perturbador y subversivo en una sociedad represora, la pornografía sólo lo es cuando "...logra arrancar al hombre o a la mujer de su hábito de multitud para llevarlos a un estado individual... Pues la gazmoñería... es un hábito de multitud tan arraigado que ya es tiempo que lo arranquemos de nosotros" (Lawrence, p. 44) o cuando ayuda a una catarsis liberadora; según Miller, "...nada sería considerado obsceno si los hombres lograran llevar a la vida sus más íntimos deseos. Lo más temible para el hombre es tener que enfrentarse con las manifestaciones... de aquello que ha rehusado vivir, que ha estrangulado o sofocado..." (p. 87).

El proyecto de D. H. Lawrence con respecto al sexo corresponde con el de Miller en cuanto que ambos se entienden como revisiones y racionalizaciones de fenómenos y términos, para reubicar la actividad sexual en un sitio más coherente dentro de la sociedad; a diferencia del marqués de Sade y de Bataille, no buscan impactar a las élites transgrediendo los preceptos, sino violentándolos sólo lo suficiente para poner de manifiesto su absurdo. Por lo demás, sólo la experiencia de la segunda guerra mundial separa el mundo de Miller del de Lawrence, a quien ya tocó ver, por ejemplo, el auge del cine y del psicoanálisis.

En ambos se impone una revalorización del erotismo, de la carnalidad; para Miller, "Fuera del cuerpo sólo hay desesperación y

EX LIBRIS
W. V. D. K.



* Henry Miller y D. H. Lawrence: *Pornografía y obscenidad*. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1967.

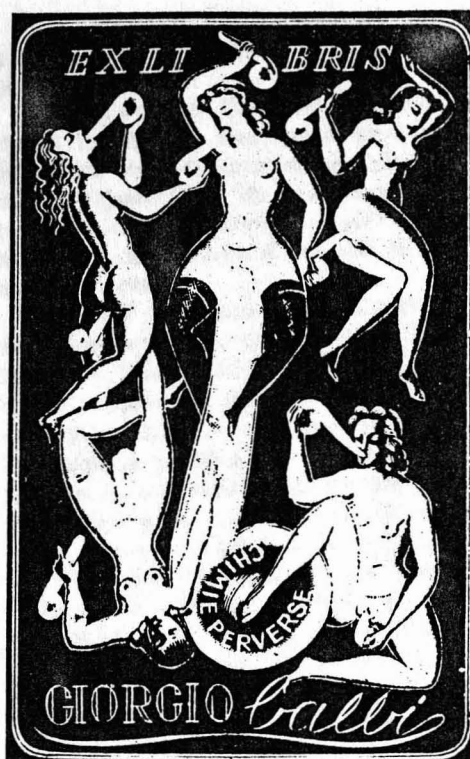
desilusión", pero el cuerpo no está entendido como individualidad (volveríamos a caer en el onanismo) sino como posibilidad de relación, de comunicación; el erotismo es un dar y recibir, ponerse en contacto con otro y, por lo tanto, con una realidad nueva. El erotismo supone un instinto de creación, de vida, de amor; "No hay amor sin cópula", dice Lawrence. "El hecho de ser individuo, de ser uno y limitado, lo hace perecedero y la muerte es el límite natural; pero el hombre supera ese límite... por el amor. Toda la ardiente aspiración a la continuidad se vuelca en el amor", concluye Pellegrini.

Si bien Miller y Lawrence entienden de modo diferente la significación del acto sexual (para el primero es una agresión; para el segundo, una ceremonia), ambos coinciden en proponer como solución a la mañosa denigración "pornográfica" el abatimiento de las barreras morales sociales e individuales ("la mentira sentimental de la pureza y el sucio secretito" como diría Lawrence), sin embargo, sus proposiciones, acaso sin quererlo, van más lejos: el mito de la obscenidad es hijo de la cultura cristiana puritana, de la hipocresía que apoya toda una actitud moral de implicaciones políticas muy claras; derrumbar las barreras, desmitificar la sexualidad, abolir la trampa del pecado (u otros términos peyorativos) puede significar la transformación radical de toda la cultura, de todo el sistema.

Gustavo García

Los once mil falos de Guillaume Apollinaire

El universo propuesto por la *imaginación pornográfica* es un *universo total*, dice Susan Sontag, y ha sido en la decadencia de los grandes periodos históricos cuando esta *totalidad universal*, nacida de la *extrema conexión entre lo moral y lo físico*, ha producido grandes obras en la literatura y el arte. El Bosco en su pintura revela "bellamente" la decadencia moral de una sociedad en crisis, en la literatura el Marqués de Sade es el necesario reconocimiento filosófico y teológico del hombre como un ser "enamorado" del placer y la libertad.



Precedente al movimiento revolucionario en Francia, la literatura del "Divino Marqués" llega aunada a los estereotipos morales y filosóficos que consolidaban, después de la revolución, el nuevo espacio ético para la incipiente sociedad burguesa. Las obras de Sade son una verdadera subversión que causó estragos en el pensamiento de la aristocracia del S. XVIII.

Así, al parecer por un "tour de force" debido a su gran admiración hacia este personaje rebelde, Guillaume Apollinaire escribe un libro titulado "*Los once mil falos*", donde muestra una influencia definitiva de la literatura pornográfica de Sade.

"*Los once mil falos*" es una novela construida sobre una historia bastante anecdótica: Mony Vibalano, rumano originario de Bucarest, aristócrata, hospodar hereditario que después se dará a sí mismo el título de príncipe, es el personaje central. Perverso, escatológico, degenerado, incestuoso, pederasta, lleva a cabo una vida de placer y mundanería. En sus aventuras se relaciona estrechamente con un asesino que se convertirá en su "ayuda de cámara" y compañero de vicios y perversiones.

Vibalano establecerá relaciones en Francia —ciudad donde el lujo es natural y la vida divertida— y otros países con famosas y activas libertinas, una vida envuelta en el

torrente sexual, una existencia que pretende afirmarse en los límites del placer.

Burdeles, concubinas, pederastas, seres y atmósferas sórdidos. Los áridos paisajes de un continente que se prepara a la guerra.

Los once mil falos fue escrita en 1907, siete años antes de la primera guerra mundial, la situación en el viejo continente es de desconcierto y deterioro moral, se puede aventurar que el texto nace como la respuesta del artista a la angustia existencial del momento, o bien como un divertimento, deliberados ejercicios de estilo.

Dentro del contexto de la obra de Apollinaire *Los once mil falos* puede considerarse como el texto más "premeditadamente subversivo". Si el Marqués de Sade, por medio de excesos y horrores, estableció la búsqueda de un nuevo espacio moral antes de la Revolución Francesa, Apollinaire antes de la primera guerra mundial, bajo la revelación que parte del vínculo moral, utiliza la pornografía y crea un libro de paisajes y anécdotas costumbristas que delinean el camino del exceso como forma de llegar a la comunión de la libertad. Los ideales tanto formales como ideológicos del marqués, son retomados por Apollinaire. Se ciñe a un desarrollo perfectamente conocido y asimilado, dándose aún el lujo de citar referencias: "pícaras marquesas del siglo XVIII, ya conocidas en exquisitas páginas", que clarifican las intenciones del poeta. Considerada una obra menor dentro de la producción del escritor, en este libro el tono se siente impersonal, acostumbrados a la prosa exacta, irónica, punzante y poética de Apollinaire, en *Los once mil falos* la anécdota elimina la profundidad.

La novela se mantiene dentro del crudo y limitado vocabulario de la literatura pornográfica, la imposibilidad de encerrar el lenguaje ilimitado del cuerpo dentro de otros lenguajes. Si en las obras de Apollinaire sobresalen un lenguaje innovador, la creación continua y una fluidez verbal, en *Los once mil falos* esta inventiva está relegada a los nombres de doble sentido: Peni Fornoski, Alexina Comelotodo, Sitepiyo Teforniko, etc. y la gracia natural de una prosa clara y bien elaborada. Aún estructuralmente el autor respeta fielmente la influencia, aparecen combinaciones de narrativa sustentadas por las diferentes personas gramaticales; del monólogo al nosotros alternando con los textos eminentemente teatrales.

En *Los once mil falos* también está presente la problemática que rige la demás